

gida en la caja obscura, yacía en una forma de muerte, abandonada de las cosas. Y el *alma parpadeaba*, y el pensamiento, mariposa tenaz, hacía la ronda sin querer.

«Rodaba el automóvil, rodaba la noche densa y cálida.

«—¿Duermes, María Milagros?

«La voz de Eduardo me trajo a la realidad.

«—No. . . ., tal vez. . . .—contesté.

«El miró a mi madre, y ambos me miraron con extrañeza, pero luego se tomaron de las manos, acomodándose mejor en sus asientos. Mi hermano, dormía.

«El recuerdo de un perfume, emanación de las ropas de Eduardo al inclinarse a preguntar, me inundó los sentidos, y sentí en la agudeza mortal de esos segundos, hondo desfallecimiento, por la evocación de los cabellos de mi amor, en sus labios tenaces y ardientes, deteniéndose en un vértigo, sobre mi boca desvanecida.

«Violenta subía la llama, reclamando su derecho, y ardía inexorable en mis venas.

«Abrí la ventanilla del automóvil, y una frescura estática, olor de noche sin viento, me inundó, etc.» (Págs. . . .).

Así muchas páginas. Nosotros le hubiésemos pedido, a la novelista, más proporciones, más dimensión; pues, cuando realmente la novela comienza a ponerse interesante, termina de pronto. El argumento y la autora daban para más, para mucho más.



<https://doi.org/10.29393/At175-14CIGK10014>

CISNEROS, Biografía, por *Alejandro Vicuña*.—Edit. Nascimento: Santiago.

Con una evocación al propio cardenal Cisneros, abre el autor este libro sobre el ínclito Ministro de los Reyes Católicos, poniéndole, a aquel hombre del pasado, como ejemplo y guía

oportuno a los españoles todos, en las vicisitudes de la hora actual de la noble España. Oportuna y noble intención.

Ha sabido el señor Vicuña formar con la vida y obra del cardenal Jiménez de Cisneros, un medallón histórico, si no de rasgos bien claros y definidos, de un macizo relieve general. Abrimos el libro, y después de leer con cierta reticencia ideológica la admonición patriótica a los españoles de hoy, que va a manera de prefacio, seguimos, desde el comienzo, con interés creciente, el camino largo y rectilíneo de este varón de Dios, que, en momentos de prueba, pudo torcer aparentemente ese camino, hacia fines materiales, con el buen sentido y sacrificio del hombre que ve que en el servicio de lo temporal también está al servicio de lo espiritual. Caso único, acaso, en la historia—como dice el autor del libro—, el de este político y religioso, que supo hermanar y cumplir al mismo tiempo sus deberes contraídos para con el mundo, con la misma energía, acierto y perseverancia con que cumplió sus deberes para con la religión. Maravilla ver cómo este humilde y devoto fraile de San Francisco, contrariando tanta devoción y voluntad interior, se doblega ante la razón de los acontecimientos e intereses de sentido ajeno y general, y acepta sobre sus hombros las tres responsabilidades mayores del reino; y sobre todo, maravilla ver cómo se responsabiliza ante los hombres y ante Dios, y las desenvuelve ante la historia. Caso único, repetimos nosotros, de equilibrio, de juicio. Parece que el espíritu divino hubiese descendido hasta él, y le hiciese aunar, sin confundirlos, durante su monumental obra constructiva y reformadora, lo material y lo espiritual; lo político y lo religioso. Aun perduran en España, a la sombra de los siglos, los sillares—dispersos y en confusión algunos, pero no disueltos—de esa tenaz arquitectura constructiva.

Todo esto la ha expuesto a su vez, don Alejandro Vicuña, en la biografía del cardenal Cisneros, con una amenidad reconstructiva y objetiva. No hay en el libro pretensiones estructurales, ni docentes arrebatos; su exposición se revela espontánea; y

espontánea va surgiendo de sus páginas la figura inmortal del gran Ministro de España. Acaso, dadas las dotes y las letras del señor Vicuña, se le hubiese querido reconocer, junto a la amabilidad y espontaneidad de esta maciza biografía, una más correcta y elegante expresión, pues a veces no podemos dejar de trastabillar un poco en intempestivos altibajos del estilo, algunos de los cuales forman verdaderas cisuras en la construcción:

«Las prolongadas ausencias del Prelado Mendoza, debidas a quehaceres políticos, y a su condición de brazo derecho de los Reyes, convirtieron a Cisneros en árbitro del Obispado de Sigüenza, *demonstrando*, no obstante, el más completo desapego del mando y desinterés absoluto por la llamada carrera eclesiástica. *No quería él correr...*» etc. (Pág. 57).

En la página 204, dice el autor: «Como militar aguerrido...», refiriéndose al propio cardenal Cisneros. Y así, algunas otras cosillas, amén de unas datas cronológicas imposibles, en la página 172, en que aparece la reina Isabel testando después de haber muerto, lo que, a todas luces, debe ser un «error de pluma» y nada más.

Junto a la figura del cardenal Cisneros, se destacan en esta biografía, la figura ecuánime y constructiva de Isabel la Católica: la política y astucia del rey don Fernando; la de ponderable oratoria teológica y moral del Pontífice Pío II; y las bizarras y empecinadas del arzobispo de Toledo, don Alonso Carrillo, y la del cardenal Mendoza.

Libros como éste, de don Alejandro Vicuña, tienen la misma índole de perdurabilidad que las figuras en él reveladas y escorzadas; tal, especialmente, la del gran cardenal Cisneros.

—GUILLERMO KOENENKAMPF.